



Presencia

El tiempo de coronavirus es tiempo de ausencias. Nos quedamos aislados y perdemos la compañía de los demás. Uno se acostumbra a estar solo, o es la familia la que se acostumbra a esta soledad, cancelando otras presencias. Pero, ¿no hay otras formas de estar presentes?

Lo más obvio es pensar en la presencia que llamamos virtual. Es presencia de voz o de imagen. Funcionan el sentido de la vista y el del oído. Esto ya es mucho: oír la voz, ver la imagen. A la vez, por los sentidos que se excluyen, entendemos los límites de esta presencia, sin negar los beneficios que nos trae. Lo grave sería confundir esta presencia mermada con la presencia plena. Pues se olvidan entonces sentidos esenciales: el tacto, el gusto, el olfato, que hacen presente al otro.

La diferencia no es pequeña. Es fácil comprenderla si pensamos en la comida. Entendemos que falta algo cuando no podemos compartirla. Dicen que comer de la misma fuente ayuda a ver las cosas de la misma forma. Durante esta cuarentena había amigos que se veían por ordenador, mientras cada uno bebía su cerveza y tomaba su aperitivo. Pero no era bebida ni comida común.

La presencia requiere los cinco sentidos, también los más humildes. En realidad, el tacto, el gusto, el olfato, nos hablan del entorno donde se produce la presencia. Gracias a estos sentidos la presencia tiene un “aquí”, y no puede ocurrir en cualquier lugar. Por eso estos sentidos nos permiten compartir el mismo punto de vista sobre el mundo, formar un mundo común. Son sentidos que no admiten la distancia, como el oído o la vista, sino que requieren la presencia mutua, la intimidad.

El “aquí” común es el entorno común. Significa que lo que nos une no viene solo de nosotros, sino que hemos sido emplazados en un lugar que no dominamos porque no lo hemos creado nosotros. Por eso el tacto, el gusto, el olfato, abren nuestra presencia común, más claramente que los otros sentidos, a la presencia del Creador, que ha abierto este espacio donde podemos encontrarnos. Si cada uno come su comida, dará gracias a quien se la ha dado. Si comemos una comida común, daremos gracias a quien nos ha unido.

En este tiempo de Pascua leemos el Evangelio de Emaús que nos narra san Lucas. Jesús se hace presente, pero no le reconocen. La presencia de la vista y del oído no basta para saber quién es Él. Será solo en la comida juntos cuando se les abran los ojos. Entonces no se le ve, no hay pantalla que haga visible su rostro y fallan los altavoces para oír su voz. Y, sin embargo, así nos quiere decir san Lucas, entonces está presente de verdad, tan presente que transformará el fuego de los corazones en energía para correr a reunirse con la comunidad. Está presente al partir el pan, lo que evoca el sacramento eucarístico. Así, el sacramento no es presencia meramente virtual, porque toca todos los sentidos.

Santo Tomás se pregunta si Dios está presente en todas las cosas (S.Th. I,q.8). ¿No deberíamos decir, mejor, que está sobre ellas? Y responde que Él está en las cosas en cuanto que está sosteniéndolas continuamente en el ser. Y de este modo está en las cosas, no por fuera de ellas, sino en lo más íntimo. Podemos decir que Dios despliega el espacio del cuerpo, para que seamos y para que seamos juntos, capaces de habitar los unos en los otros.

Este tiempo de coronavirus es tiempo de nostalgia, porque los otros no están. Echamos de menos los sentidos más radicales, los más corpóreos. Es simbólico, a esta luz, que el virus suprime olfato y gusto. Quien cree en el Creador, vive esta separación con esperanza. Pues Dios, al abrir el espacio en que vivimos, nos toca a todos, y podemos de algún modo tocarle, gustarle, olerle. Y Dios se convierte en espacio de presencia real entre nosotros, vivida en esperanza.

Nos ayuda san Agustín, que experimentó a Dios según todos los sentidos, según nos cuenta en sus *Confesiones*, y entendió entonces su presencia: “Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz”.